

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 62.—1.º de Octubre de 1872.

---

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

## EL DIA MAS FELIZ.

---

Hacer la felicidad de nuestros hermanos es trabajar en favor de la nuestra. Es inconcebible el letargo en que permanecen algunas almas nobles y generosas, á quienes para ser felices les bastaria querer serlo. Dios ha dispuesto sábiamente que nuestra felicidad esté ligada á la de nuestros prójimos, y por eso el egoismo, el seco amor de sí, no puede experimentar jamás la indecible dicha que goza el que ha hecho la felicidad de otro, y ha sido amparo y consuelo del huérfano, del indigente, del atribulado y del pecador.

Los únicos elogios de que no podemos desconfiar son los que brotan de los labios de un sér reconocido, pues cualquiera otra alabanza puede dirigirse á nuestra fortuna ó á nuestra posicion, y esta no se dirige sino á la persona.

He aquí cómo una ilustre dama alcanzó la felicidad íntima del corazon, que es la sola que puede llenar un alma (1).

La distinguida hermosura de Elisa, Condesa de *M.*, y su grande fortuna, la rodearon de una córte de adoradores que la asediaban; pero su claro talento no se desvaneció por las hiperbólicas alabanzas y lisonjas, y pudo conservar su razon áquella serenidad é independencia, que es necesaria para tomar sérias resoluciones, si han de ser acertadas y justas.

Graves disgustos de familia en los primeros años de su primer matrimonio la hacian temer casarse segunda vez; pero el temor á la maledicencia y á la calumnia que suele cebarse en las mujeres jóvenes que no viven bajo el amparo de padres ó marido, la triste soledad que la rodeaba y el tédio que la consumia, la decidieron al fin á elejir uno entre sus adoradores á quien entregar el corazon:

---

(1) Octavio Jeullet en una de sus obras dramáticas presenta un carácter y un suceso semejante al que voy á describir.



y temerosa de equivocarse, acudió á un ingenioso ardid para que le revelase quién era el mas digno, que sería, les dijo, aquel que la proporcionara *el dia mas feliz*.

En las mujeres que el capricho ha proclamado reinas de la moda, las exigencias escéntricas son nuevos atractivos é indicio de superioridad, segun las leyes del llamado mundo elegante. La Condesa de *M.* estaba autorizada para tener esta; así es, que por sus admiradores fue acogida la idea con aplauso, prometiéndose cada uno de ellos en secreto fascinarla, rendir su altivo corazon y hacerla participar del delirio de que estaban poseidos, ó finjian sentir por creer que así alhagaban la vanidad del ídolo.

Elisa se temia á sí misma encontrándose todavía en esa edad en que se confunden los ensueños con la realidad, pues la razon tambien tiene su pnbertad, y aunque creia que su ardid la ponía al abrigo del error en la eleccion, no por eso dejó de tener momentos de vacilacion hasta la época señalada en que por turno debian procurar sus admiradores, codiciosos del premio, hacerla pasar *el dia mas feliz*.

El que parecia tener menos probabilidades de éxito en el amoroso empeño era un primo suyo, de modesta fortuna, aunque rico de alma. Todos los demás podian deslumbrarla, ofreciéndola todo lo que á la mas exigente coqueteria halaga y obliga, conciliable con el pudor y el decoro; y este no podia procurarla ninguna emocion de aquellas que despiertan las frívolas pasiones y fascinan una imaginacion ardiente y soñadora.

Sus competidores llevaron al colmo la prodigalidad, reventando caballos en peligrosas carreras, en las que hicieron alardes repetidos de valor y destreza; improvisando jardines como por encanto; reuniendo, á pesar de las dificultades con que tropezaron, todas las notabilidades artísticas en suntuosas fiestas; ofreciéndola ocasion de admirar sus variados talentos; y en fin, el ingenio puso en juego todos los medios posibles para conquistar la voluntad de aquella mujer, lijera en apariencia, pero de corazon sano é intencion recta.

El último turno habia cabido en suerte á su primo, lo que en vez de desagradarle respondia á sus deseos. Sus competidores no recelaban de él, y hasta su prima sentia una piadosa compasion, propia de las almas nobles en favor del débil.

Al letargo de los corazones, á producir en ellos cierta febril agitacion preludio de parálisis infecunda, se llega por tantos caminos cuantas son nuestras pasiones; pero á despertar un corazon endurecido á fuerza de gozar de todo y que vive olvidado de las desgracias de los demás, no se llega facilmente por cualquier sendero. La necesidad que sentimos todos de ser amados, no podemos verla



satisfecha sin amar, pues no se conoce el amor, ni se sabe apreciar, sin haber derramado una lágrima de piedad y de ternura, sin haber alguna vez levantado del suelo al caído, y sin haber vertido bálsamo en las heridas de los que sufren.

El primo de Elisa tuvo esto presente, y conociendo mejor que sus competidores el corazón de Elisa, la condujo á una pobre y miserable boardilla habitada por dos tristes huérfanas, una de ellas enferma tiempo hacia. La vida de estas jóvenes era digna de admiración, como su inquebrantable virtud, en medio de tantas privaciones. Los sacrificios, en vez de hacer vacilar su voluntad, vigorizaban sus almas, y sus labios solo tenían bendiciones para Dios y su Madre purísima, amparo de los aflijidos.

Elisa entró con pesar y zozobra en aquella mansion del infortunio; pero con ademan natural y modesto, tributó noblemente el respeto debido á la desgracia, obedeciendo á su generoso instinto. Apenas podia resistir el frio, pero dominando su molesta impresion, preguntó bondadosa á la enferma por sus dolencias, y volviéndose luego á su hermana la mostró su admiración por verla trabajar con afán tan grande sin cuidarse de la inclemencia de la estación. ¡Ay, Señora, contestó la pobre joven, el frio que aquí penetra no es nuestro mayor enemigo! ¡Tenemos otros mucho mayores! El trabajar, aunque sea con los dedos entumecidos, es nuestra fortuna; trabajando olvidamos nuestros pesares, que es lo que verdaderamente consume la vida y atormenta el alma: Vd., que es tan bondadosa, podrá proporcionarnos trabajo, y nosotras pediremos á Dios que la bendiga y á su familia. No nos olvide Vd., Señora; nosotras no la olvidaremos nunca tampoco, pues es Vd. la imagen de la piedad.

Conmovida por tanta virtud y fortaleza, bajó Elisa los ojos, como temerosa de encontrarse con los de su primo, que la miraba en silencio.

Repuesta de su turbación, dijo á la joven: acepte Vd., le pido, el precio del trabajo que la proporcionaré, conforme al deseo de su honrado corazón. Cuide Vd. á su hermana: que nada le falte....— ¡Señora!..... Este dinero..... Todavía no debemos.....—Les suplico á Vds., por Dios, que lo acepten por anticipado..... No me den Vds. la amargura de rechazarlo..... Elisa vertió una lágrima; y otras dos asomaron á los ojos de las dos hermanas. Por esta lágrima conoció Elisa lo que no habia conocido hasta entonces: el amor y la felicidad.

Al salir de aquella miserable y fria estancia, desnuda de muebles, poblada de dolores, de privaciones y de virtudes, alargando la mano á su primo le dijo: has vencido; me has procurado, *el dia*



*mas feliz*, mi vida es tuya, pues digno de mí es el hombre, que de una manera tan delicada y generosa me ha hecho comprender que no se puede amar lo que nos avergüenza, que los triunfos mezquinos de la vanidad son burladoras quimeras, y que me ha hecho gozar la mas pura y santa de las alegrías.

Oidme por vuestro interés los que en medio de la opulencia no encontráis sino inquietudes y dias de amargura. Dios haga que este desaliñado relato penetre en vuestros palacios y en vuestros corazones, y que comprendáis como Elisa el modo de cambiar fácilmente en *dias felices* los mas amargos de la vida.

*El Marqués de Heredia.*

## LA ALDEA DE S. NORATO.

(*Conclusion.*)

Dige en el artículo anterior (1), que el relato que me hizo mi amigo el ingeniero sobre la trasformacion de la miserable aldea de S. Norato en un pueblo próspero y feliz, me habia dejado agradablemente sorprendido. Voy á explicar á los lectores de LA VOZ DE LA CARIDAD el fundamento y los detalles de esa sorpresa.

Un dia los habitantes de S. Norato, poco acostumbrados á visitas de forasteros, vieron con cierta admiracion y curiosidad la llegada de unos viajeros que parecian ser personas de alguna distincion. La caravana se componia de un caballero, una señora, un criado y un guía; todos montados en mulos, único modo de viajar por aquellos detestables caminos.

Dirigiéronse á la casa, antes castillo y luego granja, situada á la estremidad del pueblo, y que, como ya dije, era un edificio, que sin ser palacio ni mucho menos, lo parecia comparándolo con los miserables casuchos de la poblacion. En breve se supo que eran el Baron y la Baronesa de Ontoria, dueños de aquella finca, que con el fin de procurar su venta, venian desde Madrid donde tenian su residencia.

No fue este, sin embargo, el móvil principal del viaje. Los Barones de Ontoria eran víctimas inocentes de desgracias inmerecidas y de un dolor profundo. Despues de perder por causa de un litigio, la mayor parte de sus bienes, habian tenido otra pérdida mas dolorosa; la muerte de su hija única de 13 años de edad.

---

(1) Véase el número 61.



Este golpe los anonadó, pero de diferente modo, segun el diverso carácter y temperamento de cada uno. El Baron quedó como aterrado, abatido y reconcentrado cual si quisiera saborear, la intensidad de su pena. La Baronesa, que era una alma privilegiada y enérgica, sintió inmensamente la muerte de su hija; pero buscó expansion y consuelo á su dolor dedicándose á aliviar las aficciones de los demás. En cada persona que socorría, le parecia ver la imagen de su hija; y cuando recibia espresiones de gratitud, se hacia la ilusion de que eran tambien el eco de la voz de su hija y la sonrisa angelical que le enviaba desde el cielo.

En esta disposicion de espíritu, y buscando la tranquilidad del campo, porque el bullicio de Madrid contrastaba dolorosamente con la amargura de sus corazones, hicieron el viaje á S. Norato; se instalaron en la granja y empezaron á examinar la aldea y los aldeanos con un interés que empezaba por curiosidad y se iba luego transformando en la mas dulce compasion.

Sus impresiones debieron ser las mismas que yo esperimenté al pasar por allí algun tiempo antes, pero con muy diverso resultado. La Baronesa, conmovida por el espectáculo de aquel pais tan favorecido por la naturaleza y tan descuidado por los hombres, y ávida siempre de emociones generosas que distragesen ó calmasen el dolor de su alma, sugirió á su marido la idea feliz de desistir de la venta de la granja, reformarla hasta hacerla cómodamente habitable, y pasar allí largas temporadas, dedicándose á mejorar sus intereses y á hacer todo el bien posible á aquellos sencillos y abatidos aldeanos.

Aceptado el pensamiento, los dos esposos se dedicaron á su ejecucion con cierto entusiasmo que hacia mucho tiempo no sentian por nada. Comprendieron que ante todo se necesitaba algun pequeño capital disponible para los primeros gastos, y encargaron á su agente en Madrid que se lo procurase al instante con la venta de unos créditos antiguos que poseian.

Verificado así, lo primero que hicieron fue procurar atraerse las simpatias y la confianza de los aldeanos, gente uraña, desconfiada y que miraba con cierta prevencion, impregnada de envidia, á aquellos cortesanos que suponía orgullosos y á quienes atribuía propósitos de oprimir á los arrendatarios de sus tierras.

El Baron llamó á sus colonos; y no solo les aseguró que no les quitaria las tierras ni les subiria los arriendos, sino que empezó á darles útiles consejos sobre las mejoras de que era susceptible el cultivo y á ofrecerles toda su proteccion para realizarlas. A los consejos unió el ejemplo practicando lo mismo que aconsejaba en



algunas tierras que cultivaba directamente. No pasó mucho tiempo sin que se viesen los buenos efectos de estas lecciones. Había aguas abundantes, pero perdidas: el Baron las encauzó, facilitó el riego, y con este poderoso auxilio y el de los abonos aplicados con oportunidad, se vió que aquella tierra, en vez de miserable centeno y patatas, podia dar y daba buen trigo, y hortalizas.

El arbolado estaba abandonado á sí mismo. Cuidado con esmero el existente y hechas nuevas plantaciones de frutales, los aldeanos empezaron á comprender con grande interés que habian tenido descuidado este poderoso elemento de riqueza agrícola.

Abundaba la leche de vacas y cabras, pero se utilizaba pobremente, pues solo servia para beberla, y en cantidad escasa. El Baron hizo ver que podia sacarse mucho mas partido: bajo su direccion y consejos, y habiendo traído de fuera persona inteligente en la materia, se establecieron queserías que daban ricos quesos y sabrosa manteca, cuyos productos llevaban las mujeres á vender á los mercados de los pueblos inmediatos y especialmente al de la cabeza de partido.

Al mismo tiempo trató con el Ayuntamiento sobre mejoras de interés general que podian facilmente plantearse. Haciendo el Baron un empréstito de veinte mil reales, reintegrable en veinte años con el módico interés de cuatro por ciento, se reformaron las escuelas de niños y niñas, se trajeron mejores maestros, se estimuló la concurrencia, se establecieron premios de aplicacion; y al finalizar el primer año de este nuevo sistema, los exámenes, á que asistió el Baron, revelaron ya grandes adelantos en la enseñanza.

En virtud de una instancia del vecindario vivamente recomendada por el Baron, se obtuvo del Gobierno la cantidad necesaria para la reparacion de la Iglesia; y esta se vió mucho mas concurrida en los actos religiosos, dando el ejemplo el Baron y su familia. A ello contribuyó eficazmente el nuevo párroco, que reemplazó al anciano que habia fallecido. Era un jóven de costumbres puras, de celo ardiente é ilustrado, de excelente caracter y que se asociaba á todos los útiles trabajos.

Ya dije que no habia médico. Cuando la aldea empezó á crecer en bienestar, hubo ya recursos para contratar un buen facultativo, que, con el apoyo tambien del Baron, se estableció allí, y logró con sus útiles advertencias y consejos que se mejorasen las condiciones higiénicas de la aldea.

Todas estas mejoras hubieran sido, sin embargo, incompletas si no las hubiese acompañado otra reforma moral, otro cambio de costumbres. En este punto se debió el impulso principal á la Baronesa.



Ella se encargó de atender directa y personalmente á los pobres y á los desvalidos, yendo á socorrerles en sus propias casas, facilitando jornal á los hombres y trabajo de costura y lavado á las mujeres.

Tan benéfica mision, desempeñada con un espíritu de dulce bondad, dió á aquella excelente señora una grande y merecida influencia, que ella sabia emplear para el bien de todos. Por su intervencion y sus consejos desaparecieron las rencillas de pequeños partidos que tenian dividido el pueblo, y se sirvió de las mujeres para retraer á los hombres de los antiguos resabios que les llevaban á la holganza, á la taberna y á la pendencia. Algunos casamientos, facilitados tambien por la Baronesa que dió pequeñas dotes á las jóvenes pobres que carecian de ellas, acabaron de grangearla el aprecio y las bendiciones de cuantos la conocian.

Tan agradable se les habia hecho la residencia en S. Norato, que solo iban á Madrid durante dos meses del invierno, y al momento volvian presurosos á su querida aldea. En ella, no solo aumentaban sus bienes de fortuna. sino que se veian siempre ocupados en tan gratas tareas, y rodeados de tal atmósfera de sencillo afecto por parte de todos, que parecian una providencia visible sobre aquel afortunado valle de Asturias.

En este género de vida el Baron y su mujer gozaban placeres puros que antes les eran desconocidos; y hasta su intenso dolor por la pérdida de su hija, sin llegar á desaparecer, halló el lenitivo consolador que mas podia convenirles.

¡Ah! ¡si esto tuviera muchos imitadores! Si tantos propietarios ricos que arrastran en las ciudades una vida estéril y frívola sin conocer de sus tierras y de sus colonos mas que el dinero de los arriendos, se acercasen á sus campos y pasasen en ellos algunas de esas temporadas que se dedican á baños inútiles ó veraneos de moda, no solo ganarian sus intereses, sino que contribuirian eficazmente á mejorar la situacion de los pueblos rurales y á modificar las condiciones de sus habitantes. Entonces se formaria el vínculo tan deseado de propietarios y de colonos, de ricos y de pobres, de personas benévolas y de personas agradecidas; vínculo que iría resolviendo de una manera sencilla, natural y ventajosa para todos ese problema del mejoramiento de las clases obreras, especialmente del campo, que hoy se revela con los escritos de los publicistas, con las quejas de los pobres, y con las predicaciones subversivas de malvados ó de fanáticos.

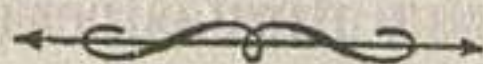
Ese problema es en el dia el espanto de los ricos y de la clase media, pero espanto mezclado con una inaccion tan vituperable como incomprensible. Entre los muchos medios con que pudiera despojár-



sele del terror que inspira, presentamos el ejemplo seductor de lo que hicieron en la pobre aldea de S. Norato los Barones de Ontoria. Quien dude de su eficacia, que haga el ensayo. No tememos que los resultados nos hagan aparecer como visionarios.

*Antonio Guerola.*

## LA CUESTION SOCIAL.



### CARTAS A UN OBRERO.

#### *Carta veintiocho.*

Apreciable Juan: Hemos visto en la carta anterior, qué familia y especie humana son cosas que no pueden separarse; que fuera de la familia, ni en el estado salvaje ni en el civilizado tiene el hombre condiciones de vida, y que para no morir de hambre y de frío, necesita padres durante el largo espacio de su prolongada y débil infancia. Realmente no era necesario decir más sobre la materia. ¿Para qué insistir sobre los males que la supresion de la familia acarrearía á la sociedad, cuando es evidente que no habría sociedad porque no habría hombres? No obstante, cuando el error se presenta con tal abundancia de delirios, tal vez le convenga á la verdad tener lujo de razones, y en este concepto haremos algunas consideraciones sobre la necesidad de la familia en todas las esferas de la existencia humana, tomando para no estendernos demasiado las principales, que son:

Religion.

Moral.

Ciencia y arte.

Economía.

**RELIGION.** El hogar doméstico es el primer santuario, los padres los primeros iniciadores, la familia la primera congregacion que siente á Dios y que le implora. La madre da idea de su bondad y enseña á amarle; el padre, de su sabiduría, de su poder, é inspira aquel respeto necesario á todo amor para que sea digno y duradero. Las verdades religiosas, como todas aquellas en que el sentimiento entra por mucho, necesitan para hacerse comprender bien, y para asentarse en sólida base, de la educacion individual. Hay que adaptarse al caracter, facultades, inteligencia y temperamento del niño,



lo cual hacen los padres mas ó menos bien, muchos por instinto, y como sin apercibirse de ello, sirviendo el ejemplo de leccion cuando los maestros no pueden dar otra: hay que practicar aquellas cosas que se creen, y al armonizar las acciones con la fe, graduarlas en la medida que la individualidad de cada uno exige. Además, como la base de la religion es el amor, el niño que no tiene familia, que no inspira ni siente cariño, privado del amor de su madre en la tierra, es difícil que ame al Padre celestial.

La necesidad de la familia para educar los sentimientos religiosos, se ve en esas agrupaciones numerosas de niños que no la conocen. Si la casa en que se acojen está bien ordenada, saben la doctrina, rezan el rosario, oyen Misa y se confiesan. Pero si se penetra un poco mas adentro, si de las prácticas religiosas se pasa á la religion íntima, á la que conmueve el corazon, á la que purifica el pensamiento, á la que eleva el espíritu y le levanta hasta Dios, entonces, por regla general, se nota que en aquella alma privada de afectos no penetra bastante el sentimiento de la divinidad, y que el niño tosco de la aldea á quien enseñó á persignarse su madre, sabe menos doctrina, pero tiene mas religion que el privado de afectos y mejor aleccionado de la ciudad. Cuando en un campo de batalla, al desabrochar para curarle un soldado herido, se ve que tiene un escapulario, al comprender que está mortal bien se le puede preguntar si tiene algun encargo que dejar para sus padres, porque probablemente no será inclusero.

De lo que sería la religion sin familia, da alguna idea lo que es con la familia incompleta, que así pueden considerarse bajo este punto de vista aquellas, por desgracia muchas en número, en que el padre prescinde enteramente de la religion, cuya enseñanza está á cargo de la madre. Suelen aprovecharla las hijas, pero los varones apenas dejan de ser niños y empiezan á respirar en una atmósfera de impiedad y escepticismo, se contaminan con él, y lejos de preservarlos de la terrible epidemia, la autoridad y consejo del padre, este con su ejemplo contribuye á que miren desdeñosamente todo sentimiento religioso considerado como los cuidados domésticos, propio solo de la mujer. La mujer se aflige de la impiedad del marido y de los hijos, los hijos y el marido se rien de las creencias de la esposa y de la madre, y este desden pasa en mayor ó menor cantidad, pero pasa siempre á la persona. No habiendo armonía en las ideas, no la hay en las acciones; las conciencias se separan, los espíritus se alejan y la razon sin piedad y la piedad sin razon, acrecientan sus mútuos agravios y conducen á faltas graves y á dolores profundos. El hogar doméstico, lo repito, es el primer santuario; el cora-



zon que allí no ha sentido á Dios no suele tener ecos para las voces que se elevan en el templo.

**MORAL.** Moral es el hombre que comprende lo justo y quiere realizarlo; pero resulta que sin cierta cantidad de amor, ni se comprende la justicia, ni se tiene voluntad de hacerla. Si se observan los pueblos y los hombres, se notará que los que no aman son duros, crueles, y por consiguiente injustos. Cuando no se mira al hombre como un hermano, muy cerca se está de mirarle como un enemigo, para con el cual la justicia no es obligatoria. ¿Desde cuándo los enemigos declarados, los que están en guerra, empiezan á tener derechos mútuos? Desde que empiezan á amarse durante la paz. El bien que los hombres se hacen, el respeto que se inspiran, la justicia á que se creen obligados, su moralidad en fin, puede medirse por el amor que se tienen. La familia, fuente de amor y de sacrificio, lo es por lo tanto de moralidad. El niño tributará un dia á sus hijos el amor que ha recibido de sus padres, y se impondrá privaciones y sacrificios como aquellos que por él se han impuesto los autores de sus dias. La ley de amor se escribe en vano, si no se pone en accion. Siendo amado y amando se aprende á amar; sintiendo se educa la sensibilidad; viendo la abnegacion y recojiendo sus frutos, se aprende á vencer el egoismo, y el deber entra en los hábitos de la vida, se infiltra en ella y se cumple sin notarlo, como se respira. Las familias donde los deberes se olvidan donde no hay moralidad, son aquellas cuyos individuos no se aman: no se cometen faltas para con el que inspira cariño, ó una vez cometidas, se reparan pronto.

Si el crimen tuviera genealogia como la nobleza, é importaba mas buscársela, se veria que esos hombres duros y perversos, inmorales en alto grado, vienen de generaciones que se suceden sin tener en la familia sentimiento de amor y espíritu de sacrificio.

Y cuando falta ese foco de amor y de abnegacion que se llama familia, ¿cuál será la escuela y el apoyo de la moralidad? Los millones de niños educados por el Estado, sin padres á quienes respeten ni amen ni de quien sean amados, ¿cómo educarán su corazon, que no puede educarse sino por el sentimiento?

El que crea que el deber y la virtud se aprende como la física y las matemáticas, leyendo un libro y oyendo á un profesor que las enseña, equivocada idea tiene del espíritu humano y de las condiciones que necesita para levantarse hasta la virtud y el deber. La educacion científica puede ser colectiva, la educacion moral tiene que descender al individuo, ó no es educacion; el niño sin familia que forma parte de la enorme masa de alumnos que el Estado edu-



ca, ¿de quién recibirá esas lecciones que se dan en forma de caricias, ni cómo penetrará en su alma el sentimiento que á ninguno inspira, ni el espíritu de abnegacion que nadie por él tiene? Suprimida la familia, los hombres se amarian menos, serian mas egoistas y duros, y con su egoismo y su dureza creceria su inmoralidad: esto es evidente para todo el que entienda algo de moral, por poco que sea.

Tratando de la familia, no es posible dejar de hacer mencion de lo que se ha llamado el *amor libre*, con que se pretende sustituirla. ¿Qué es el amor libre? Segun unos, el desenfreno absoluto de las costumbres; la prostitucion generalizada; el comunismo aplicado á las relaciones de los sexos. Segun otros, esto es una calumnia ó una mala inteligencia; el amor libre como ellos le entienden, como debe entenderse, es una especie de matrimonio que dura todo el tiempo que los contrayentes tienen voluntad de permanecer unidos; *el mútuo consentimiento*, esta es la ley, la única ley que debe rejar sobre la materia.

Yo no creo, Juan, en la omnipotencia de las leyes; pienso por el contrario, que pueden muy poco las buenas en pugna con los hábitos de un pueblo corrompido, y que las malas se estrellarian contra la severidad de costumbres; pero dada la relajacion de las nuestras, la falta de energia de los sentimientos religiosos y de rectitud y firmeza en los principios y en las ideas; cuando todo se bambolea á merced de las teorías y de las pasiones, la ley que las favorece, cuando son groseras, puede hacer mal, mucho mal, y no hacen poco los que contribuyen á menoscabar el prestigio de las grandes instituciones que necesitan y merecen respeto. Bien sé que la fuerza de las cosas tiene mas poder que ningun mandato dictado por los hombres; bien sé que abolida la familia por la ley, existiria de hecho, y declarado disoluble el matrimonio á voluntad de los cónyuges, el número de los divorcios no sería tan grande como era de temer, pero sé tambien cuánto daño haria una con causa poderosa añadida á otras muchas de corrupcion y licencia.

No pueden desconocerse los graves males que resultan de un matrimonio en que no hay armonía y como de la falta de ella es consecuencia la desgracia de los esposos, á veces la de los hijos, y la desmoralizacion de todos: de desear es que el divorcio sea posible, y aun fácil en los casos en que sea justo, pero estos no pueden ser muchos. En vez de pedir facilidades para disolver el matrimonio, sería mejor predicar razon, prudencia y moralidad para contraerle.

La indisolubilidad del matrimonio, con escepciones raras, debe ser la regla, ya esté escrita en las leyes, ya en las costumbres. En



algunos casos podrán venir de aquí inconvenientes y aun desgracias terribles, pero además de que estos casos serán rarísimos si al matrimonio preside la moralidad y la razón, no es posible dictar ninguna ley, la más justa, y por consiguiente la más útil, que en alguna circunstancia no imponga condiciones duras al individuo.

En caso de agresión injusta, ¿no es necesario inmolar á la patria miles de sus hijos? ¿No es necesario defender la sociedad contra los ataques de los malhechores con riesgo, y á veces sacrificando la vida de los que la defienden? Un hombre á quien las apariencias señalan como asesino, ¿no se reduce á prisión, aunque tal vez esté inocente, y hasta que lo pruebe? La justicia impone deberes á la sociedad como al individuo, que por costosos, no dejan de ser justos. Para tener patria, alguna vez puede ser necesario inmolarse por ella; para verse libre de bandidos, alguna vez puede ser necesario perseguirlos; para recojer las ventajas de que un asesinato no quede impune, alguna vez puede ser necesario verse reducido á prisión.

¿Cómo no ha de ser necesario correr el remoto riesgo de verse unido en matrimonio á una persona que nos hace desgraciados, cuando de este posible mal recoge la sociedad, y hemos recojido nosotros mismos tantos bienes? Si esta ley, que en algun caso puede parecernos dura, es justa y necesaria, ¿por qué hemos de declamar contra ella en nombre del frío egoísmo, de la licencia desenfrenada ó del aturdimiento imprudente? Se piden facilidades para romper los vínculos del matrimonio, cuando lo que se habia de pedir era moralidad y prudencia para contraerlos. La pasajera fascinación de los sentidos, el interés, la vanidad, llevan al matrimonio, y luego se le pide algo que no sea efímero; vano ni vil, acusando á la institución de las faltas de los que no comprenden ó no cumplen las condiciones sin las cuales no es posible que sea benéfica. No tengo noticia de un solo matrimonio contraído moral y razonablemente, que necesite ley que facilite el divorcio, ni que la utilizara aunque existiera.

**CIENCIA Y ARTE.** Agrupo estas dos cosas que tienen manifestaciones muy diversas, pero que pueden considerarse como una bajo de el punto de vista que los considero aquí, es decir cual facultades del espíritu que se cultivan, se desarrollan, se perfeccionan, en una palabra, se educan. Hay muchos que creen que nada tiene que ver la moral con la ciencia y con el arte, error tan grave como figurarse que son independientes el pulmón y el estómago. Lo mismo que las entrañas de nuestro cuerpo, las facultades de nuestro espíritu forman parte de un todo armónico, dan y reciben impulsos unas de otras, y ejercen mútua y poderosa influencia.



La desmoralizacion no solo enerva, disipa y destruye la salud corporal, sino que estravía, empequeñece y rebaja las facultades del alma. Todos saben que un hombre vicioso no es buen trabajador, y que por consiguiente hace poca y mala obra á cualquier arte, oficio ó ciencia á que se dedique. Otra cosa hay menos visible para el que mira con poca atencion, pero no menos cierta, y es lo que podria llamarse perversion del arte y de la ciencia, por reflejo de la perversion moral. ¿Qué le sucede al músico, al poeta, al pintor, al escultor que no tiene ningun noble sentimiento, ninguna idea elevada? Todos los dias lo estamos viendo. Ni la melodía, ni el cuadro, ni la estatua, ni el poema es lo que podian y debian ser: impulsos ruines, cálculos mezquinos, ideas erróneas se incorporan á las facultades del artista como un fermento corruptor, el ideal sublime se convierte en ídolo vil, los dilatados horizontes en reducidos límites, y el genio en instrumento inútil, puesto en tan indignas manos.

Además; la elevacion del arte no depende solo del artista; su poder no es solo personal; su inspiracion es una voz y un eco; su brillo es en gran parte reflejo, y en un pueblo corrompido el sentimiento de lo grande y de lo bello, ó no nace en el artista, ó muere, como se apaga una luz en un pozo de aguas inmundas. El público corrompido, es corruptor; pide obras que alhague sus gustos viles, y el arte, en vez de proclamar las leyes escritas por el genio en lo alto del Sinaí, recibe las que le dicta el vulgo desde las profundidades cavernosas de sus instintos depravados. El que moralmente no es grande, dificil es que lo sea en ninguna esfera, que para resistir en todas al vicio, es necesaria la virtud. ¡Cuántas veces viendo un cuadro, una estatua ó un poema, puede decirse de su autor: «A este hombre no le faltó para ser artista, mas que ser honrado.»

La ciencia se resiente tambien de la desmoralizacion de los que la cultivan, porque no se engrandece, ni es fecunda para el bien, sin nobles impulsos que la levanten á las altas esferas donde la verdad brilla, sin la incontrastable perseverancia que nace de generoso entusiasmo, y sin la abnegacion que llega hasta el sacrificio. La ciencia puesta al servicio del interés ó de la pasion, ni se engrandece ni se estiende; vicia en vez de purificar la atmósfera en que vive el espíritu, es una especie de monstruo repugnante é infecundo.

El hombre es, como hemos visto, lo mismo física que moralmente, un todo compuesto de partes armónicas; no puede rebajarse ni levantarse una sin que se rebajen ó se levanten todas; y la supresion de la familia que disminuye la moralidad, debilita su poder para la ciencia y el arte.



**ECONOMÍA.** El hombre tiene necesidades, y para cubrirlas es menester un trabajo productivo: sino produce todo lo que necesita, sucumbe. Cuanto mas produce y menos gasta, podrá economizar mas, será mas rico. Estas economías podrá tenerlas en reserva para hacer frente á sucesos desgraciados, como enfermedades, dificultad ó imposibilidad de producir por cualquier motivo, ó aplicarlas á perfeccionar los instrumentos de trabajo, ó á ensanchar su esfera de accion; de todos modos, aquella economía es un elemento de bienestar. De estos elementos de bienestar individuales, se compone el bienestar general; una nacion es próspera, cuando prosperan los que de ella forman parte. ¿Qué hará el hombre para que sus gastos disminuyan, sin que las necesidades queden desatendidas, y al mismo tiempo aumenten sus productos? ¿Cómo convinará sus fuerzas? ¿A qué artificio recurrirá para utilizarlas mejor? Admirable armonia de lo justo y de lo útil! El hombre, siguiendo los nobles impulsos de su alma, obedeciendo á los mandatos de su conciencia ilustrada, halla la mejor organizacion económica; ese grupo que se llama *familia*, donde se ama mas, es donde mas se trabaja y se gasta menos, es donde hay un poderoso instrumento de prosperidad, de tal modo, que si la familia no se estableciese en nombre de la conservacion de la especie, de la moral, de la ciencia y del arte, era preciso crearla para la economia social. Busquemos el pueblo mas próspero y floreciente, suprimamos en él la familia, y no tardará en ser un pueblo miserable. Si la proposicion te parece dudosa, será evidente á poco que la reflexiones.

La riqueza de un pueblo, claro está que se forma de la de los individuos que de él forman parte: observemos, pues, lo que son estos en la esfera económica, es decir, como productores y consumidores. Supongamos una familia compuesta de seis personas; un matrimonio con tres hijos y el padre ó la madre ancianos: es decir, entre seis individuos, un buen trabajador, dos trabajadores imperfectos, y tres consumidores que no producen. El hombre vigoroso, se esfuerza á trabajar, tiene que mantener una numerosa familia, su mujer, su madre, sus hijos, criaturas amadas y amantes; débiles que confían en su fuerza y le pagan en cariño y en felicidad, los sacrificios que por ellos hace. Estos sacrificios no tienen para él carácter de tales, no los vé siquiera, identificado con su familia. Yo y NOSOTROS, tienen una significacion idéntica; todo es allí comun, la riqueza y la miseria, el dolor y la alegría, la felicidad y la desgracia, la honra y la infamia. La *casa* de aquel hombre es una parte de su persona, es *él mismo*, y para ella trabaja con afan, y á ella lleva el producto de su trabajo. Este producto, no se pone en manos ociosas, ni egoistas. Su mujer, en cuanto el cuidado de los hijos lo consiente, le ayuda mas ó menos, pero siempre mucho. Por ella tiene aseada la ropa y la habitacion; por ella está su alimento bien condimentado y á la hora conveniente. Puede dedicarse con mas asiduidad al trabajo y ser un poderoso auxiliar de su marido, ayudada para el cuidado de sus hijos por su padre ó su madre anciana. Esta cuida de los niños, y hace en la casa todo lo que no necesita grande habilidad, ni mucha fuerza. Aunque corta de vista, debil y achacosa, todavía es un precioso auxiliar por sus servicios y por sus consejos. El abuelo dá lecciones de su oficio, dá sobre todo lecciones de la vida, comuni-



cando á los jóvenes el fruto de su experiencia. Esta experiencia, prescindiendo de su valor moral, tiene un gran valor económico, porque contribuye á la perfeccion del productor, y le evita pruebas arriesgadas y tanteos inútiles. Así conuinados estos tres trabajadores, se auxilian, se suplen, se completan con el estímulo de los pequeñuelos, centro hácia el cual converge el amor de todos. En la enfermedad se cuidan, en la desgracia se sostienen, en todas las pruebas de la vida oponen á la miseria un grande esfuerzo combinado, por el poderoso impulso que impele á la produccion, por la parsimonia del gasto y por la economia que resulta de la vida en comun.

Suprimida la familia estas seis personas se dispersan, disminuyendo sus productos y aumentando sus gastos. El obrero robusto trabaja menos, no tiene el poderoso impulso del amor de sus hijos, ni necesita esforzarse tanto para proveer á sus necesidades y á las de la mujer con quien no tiene mas vínculos que una union pasagera. Esta muger, no se identifica con él, su presente su porvenir, su prosperidad, su ruina, su vida en fin, no son una cosa misma. Gasta alegremente cuanto tiene, ó si economiza es para sí, procurando explotar al que la abandonará en breve. La abnegacion de la madre de familia: aquel amor puro que en la esfera económica produce un trabajo incansable; la atencion continua y minuciosa para que se aproveche todo esfuerzo, y para procurar mayor suma de bienestar con el menor gasto posible; nada de esto puede hallarse en el hogar ambulante de las uniones efimeras; la esposa gasta poco y trabaja mucho; la querida gasta mucho y trabaja poco; todo el que haya observado los hábitos y tendencias de las mujeres deshonestas, habrá podido ver que se distinguen por su amor á los gastos superfluos y su odio al trabajo; propagar la deshonestidad en la mujer, es aumentar los despilfarros de la vanidad y del desórden y disminuir los productos. Hablaban un dia dos personas caritativas de una mujer extraviada que se proponian traer al buen camino. Desconfiaba bastante del éxito una de ellas, y la otra mas experimentada la preguntó:

—¿Trabaja?

—Sí, y con mucha asiduidad.

—Entonces está salvada.

Y se salvó en efecto, segun el pronóstico fundado en una larga experiencia.

De el grupo disperso de la familia, tenemos á los dos obreros principales, trabajando menos y gastando mas. Su auxiliar, el anciano ó anciana, tan útil para el cuidado de la casa, para el cuidado de los niños, para guiar con su consejo á la inesperta juventud, y para contenerla muchas veces en alguna pendiente peligrosa, el anciano sin familia es una carga para la sociedad y vive una vida que le pesa mucho. En la soledad material y moral de un miserable albergue desde donde sale á implorar la pública compasion, ó en el aislamiento moral de un establecimiento público, donde es inútil su experiencia, y difíciles sino imposibles de utilizar sus débiles fuerzas; donde falta amor que disculpe las impertinencias de la edad, y mime los achaques; donde el mal humor y la tristeza tiene su asiento; donde hay aquella acritud de los que llevan al fondo co-



mun males sin esperanza, y dolores sin consuelo que se multiplican y propagan; el anciano se siente rebajado porque se vé inútil, se desespera ó se aflige, porque solo inspira desden ó desvio, y deprimido el ánimo se encorva mas y se debilita el cuerpo, que consume produciendo poco ó nada. El anciano sin familia es la criatura mas triste y mas inútil.

Nos resta considerar á los tres niños sin padres ni abuelos, lactados, mantenidos, vestidos y educados por estraños mercenarios que hacen por dinero algo, muy poco, de lo que por amor harian sus abuelos y sus padres. Aqui resalta bien la inferioridad económica de una organizacion que priva al niño de familia. La nodriza del expósito no es mas que nodriza, y pasa la vida en honerosa ociosidad difícil de evitar; la madre que lacta á su hijo, cuida al mismo tiempo de los otros, de su marido, de su madre, de lo que se llama *la casa*, y si tiene quien la auxilie, puede dedicarse á un trabajo bien retribuido.

La familia agrupada en derredor de los niños, los mantiene del modo mas económico posible, trabajando los atiende y vigila, aprovechando para ellos, esfuerzos y horas que se perderian fuera del hogar doméstico.

Además, el mercenario que cuida un niño, quiere *ganar* con él algo, los padres *pierden* por él su sosiego, su bienestar, su salud y en algunos casos hasta la vida. Es incalculable el aumento de gasto que produciría el móvil egoista de la ganancia, ni la economia que resulta del esfuerzo generoso de la abnegacion. Puede asegurarse que aunque la familia no fuese necesaria para la conservacion de la especie humana, y para la educacion del hombre en todas las esferas, lo sería como un elemento económico, como la fuente de produccion sin la cual los pueblos solo hallarian miseria y ruina.

Aunque muy brevemente, nos hemos hecho cargo, Juan, de las principales consecuencias de la supresion de la familia, pero aunque el hombre pudiera multiplicarse y crecer, prosperar, hacerse rico y sábio fuera de ella, ¿qué sería de él, qué de la sociedad, cuando se viese privada de la fuerza que mas la sostiene, de la abnegacion que mas la levanta, del sentimiento que mas la purifica? Puedes imaginar tú, puede imaginar nadie, lo que sería un mundo donde ningun hombre tuviera el recuerdo de su madre, el ejemplo de su madre, el respeto de su madre, el sosten de su madre, la religion y el amor de su madre? Yo no sé lo que semejante mundo sería, pero me figuro una especie de caos moral, ó alguna cosa como una caverna lóbrega, donde se oyen estraños ruidos y se ven repugnantes y aterradoras visiones.

¿A qué esforzar los argumentos contra los que atacan la familia? Luchan contra la naturaleza y no pueden triunfar; bastaria á vencerlos el grito unánime de todas las mujeres de todos los siglos que les dice:—¡Insensatos! ¿Quiénes sois, de donde habeis salido los que pretendéis que la mujer en su pena ó en su alegria no diga: ¡HIJO! y que el hombre en su dolor no esclame: ¡MADRE!

*Concepcion Arenal.*